

Enrique Florescano

El pasado ya no es como era antes

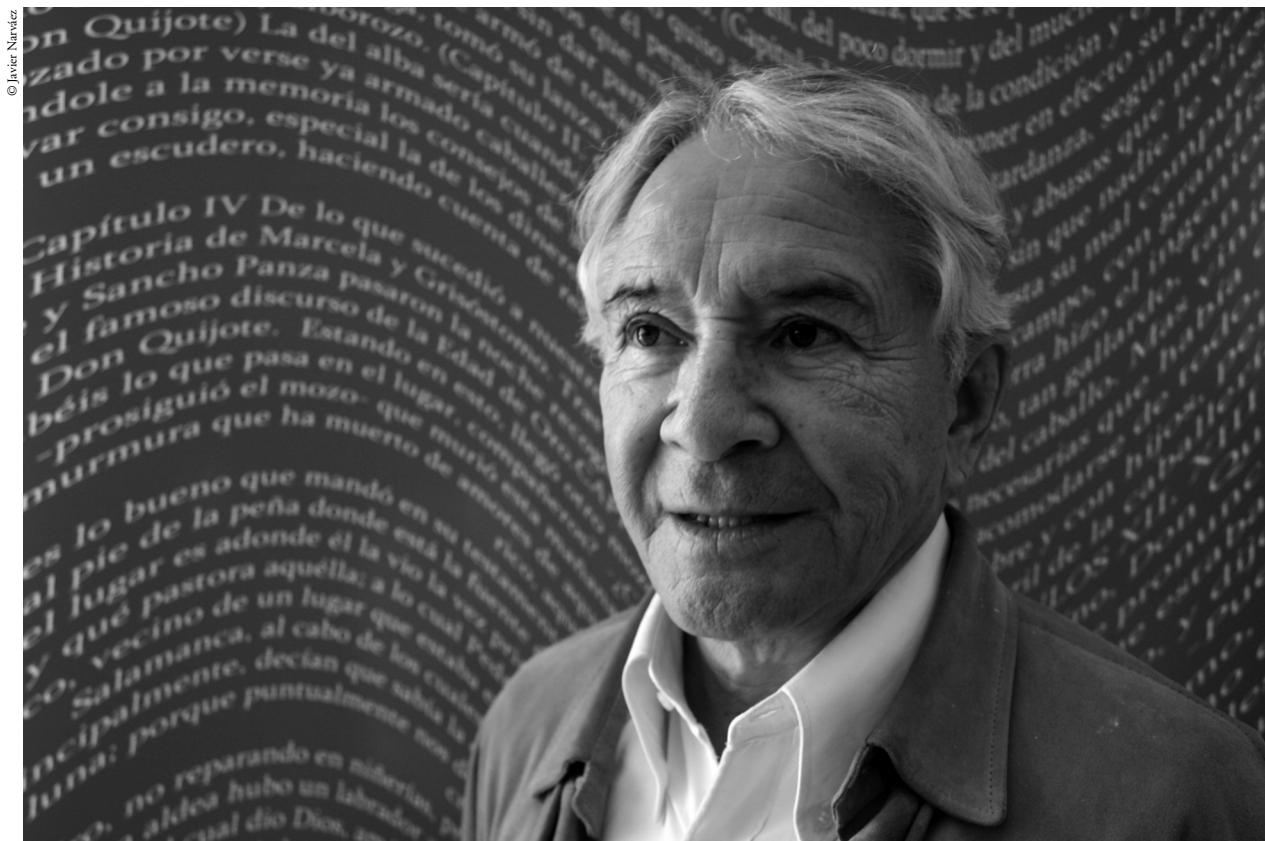
José Blanco

Enrique Florescano es una de las figuras centrales de los estudios históricos en nuestro país. José Blanco elabora una exégesis del autor de Memoria mexicana y recorre su trayectoria y su obra, fundamentales para comprender nuestro presente.

NO ENTRE AQUÍ QUIEN NO SEPA GEOMETRÍA. Esta frase podía leerse encima de la puerta de entrada a la Academia de Platón (siglo IV a. de C.), donde se reunían sus contemporáneos a discutir problemas de filosofía, lógica, política, arte, y nos da una idea de la importancia que desde antiguo se concedía al conocimiento de esa rama de la matemática.

NO ENTRE AQUÍ QUIEN NO SEPA HISTORIA. Esta frase podría leerse encima de la puerta de entrada de todos los cubículos que Enrique Florescano tiene y ha tenido en las muchas instituciones académicas en las que se ha reunido a enseñar o a discutir problemas de la construcción, de la metodología, de la enseñanza de la historia, o de la construcción de los mitos fundacionales de las comunidades, o de las mentalidades, o de los símbolos de las sociedades, o de la construcción de la ciudadanía, o del valor de la memoria, y nos da una idea de la importancia que nuestro ilustre historiador —y muchos intelectuales— ha concedido toda su vida al conocimiento de la historia, al pugnar sin descanso por que sus ideas coadyuven a la formación de la conciencia colectiva.

El pasado, dijo un día Enrique Florescano..., aunque lo diré con mis propias palabras, que no sé a quién expropié: “el pasado ya no es como era antes”. Desde luego que puede decir eso alguien que escribió un libro titulado *El nuevo pasado mexicano*. Es parte de la complejidad de los saberes históricos que, desde Herodoto —que inicia sus *Historias* con las guerras médicas, que llevan la impronta del dialéctico temprano del cambio permanente que fuera Heráclito— se investiga y se escribe historia desde el presente. (*Historia*, dicho sea al paso, deriva de la palabra griega ἱστορία que significa investigación). Y como el presente es un heraclíteo fluir continuo, cambio permanente, la lectura, o mejor, las lecturas del pasado son asimismo siempre distintas. Distintas en doble sentido: porque el presente siempre cambia, y porque la lectura del pasado, en una sociedad libre, es por necesidad plural. Aunque puede haber algunas constantes. Si la memoria me es fiel, fue María Pilar Queralt del Hierro, historiadora española, quien mediante una peculiar investigación histórica halló que en su país todas las generaciones de todas las épocas cre-



Enrique Florescano

yeron firmemente que la suya era la peor época de toda la historia.

El pasado también cambia porque la historia de la historia, es decir, la historiografía, como lo indica Florescano, es en el fondo una lucha política del hoy, por cuanto se trata de la búsqueda de legitimación, por actores políticos del presente, que pugnan por vincular el presente con hechos (supuestamente) valiosos del pasado.

Florescano —como es referido el historiador por sus discípulos y sus lectores— es, intelectualmente, un poliedro cuyas partes, de diversas formas, tamaños y colores, denotan la multiplicidad de los intereses, las pasiones, los afanes de este veracruzano ilustre que, desde luego, hace tiempo está incluido en la nómina de prestigios y celebridades a las que hacemos referencia cuando aludimos a esa céntrica calle xalapeña que lleva en su nombre esas palabras: Veracruzanos Ilustres.

Es claro que, en una breve reflexión sobre el historiador, es imposible referirse en toda su extensión y profundidad a todas las caras del poliedro. Haré alusión a algunos de los rasgos sobresalientes de los intereses y realizaciones de este peculiar y reflexivo historiador que da seguimiento puntual a los cambios del pasado.

Salta a la vista en primer lugar, al leer su intimidante currículum, la precocidad con la que brotan varias de sus vocaciones, que han estado presentes y actuantes a lo largo de su vida: su interés por el conocimiento, por la cultura en sentido amplio, por la política, por el periodismo cultural, por la promoción de publicaciones, por la organización de conferencias y actos académicos

y culturales. Todo ello se manifiesta ya en el lapso que transcurre entre sus diecinueve y veintitrés años de edad: estudia derecho e historia simultáneamente en la Universidad Veracruzana, funda y dirige la revista *Situaciones*, publicación mensual de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de esa universidad, colabora en el *Diario de Xalapa*, crea y dirige el suplemento cultural de este periódico, se desempeña como secretario de acción cultural de la Federación Estudiantil Veracruzana, organiza numerosas conferencias sobre temas culturales, mesas redondas sobre aspectos políticos y universitarios, convoca al Primer Concurso Estatal Universitario de la Literatura, específicamente en el género de cuento, al publicar los resultados de certamen en libros patrocinados por la propia Federación Estudiantil Veracruzana.

En esos primeros cinco años de vida universitaria, Enrique Florescano cinculó en su ADN el estilo de trabajo de vendaval, pero con muchos rumbos. Anoto brevemente algunos de ellos:

Entre 1962 y 1964 cursó la maestría en historia universal en El Colegio de México; al año siguiente recibió una beca del mismo colegio y otra complementaria del Banco de México para hacer estudios de doctorado en la Universidad de París. En 1967 recibió una beca del gobierno de Francia y con ella realizó la tesis *Les prix du maïs au Mexique, 1708-1813*, que presentó para obtener el grado de doctor en historia. Su director de tesis fue el gran maestro de historia económica Ruggiero Romano, quien, junto con los otros dos sinodales, Fernand Braudel —tal vez el más importante reformador de la

metodología de la corriente de pensamiento histórico de los *Annales*— y Pierre Vilar —profesor de La Sorbona, muy destacado historiador de la economía, aunque con enfoques distintos a los de Romano, cuyos trabajos han buscado crear lo que él mismo ha llamado una teoría de la historia total—, le otorgó el grado, por unanimidad, con mención especial en 1967.

Andrés Lira, que como Florescano estudió derecho e historia, con quien me une una gran amistad nacida de un trabajo conjunto de orden educativo, y que fue el anterior director de El Colegio de México, recuerda que a su regreso de Francia, Florescano era un convencido promotor de la historia económica y social a la manera braudeliana: “hablaba —dice Lira— con aleccionante desdén de la vieja historia política, de la historia de acontecimientos y de la historia patriótica a la que enfrentaba una nueva historia nutrida en las perspectivas y en los métodos de las ciencias sociales”.

El propio Andrés Lira apunta que la nueva posición que suscribía el entonces novel historiador era un fruto de su relación con algunos de los historiadores europeos más importantes del siglo xx, que le sirvió de base para que en México, a partir de 1968, desarrollara un caudal de actividades de investigación siempre relacionadas con la historia de México y con la historia de la propia historia; es decir, insistamos, con la historiografía, una de sus pasiones más profundas.

En 1968 Florescano se incorporó como investigador de tiempo completo al Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México; en 1969 se le otorgó nombramiento como profesor titular del Seminario de Historia Económica de México de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; desde diciembre de 1970 y hasta 1973 dirigió la revista *Historia Mexicana*; en febrero de 1971 fue nombrado jefe del departamento de investigaciones históricas del Instituto Nacional de Antropología y en diciembre del mismo año, cuando el departamento cambió a Dirección de Estudios Históricos, él mismo quedó al frente; la permanencia en esta institución llevó a que en 1982 se le nombrara director general del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

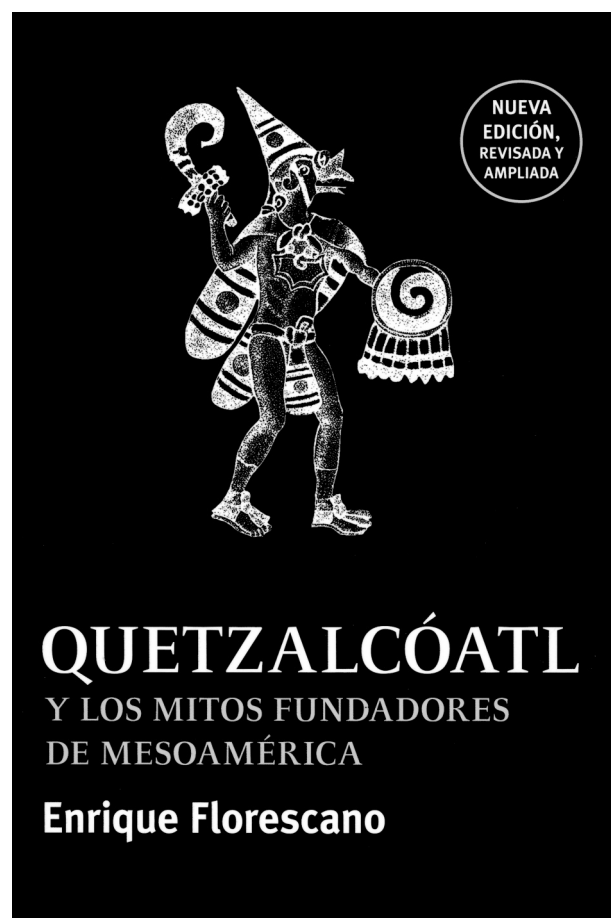
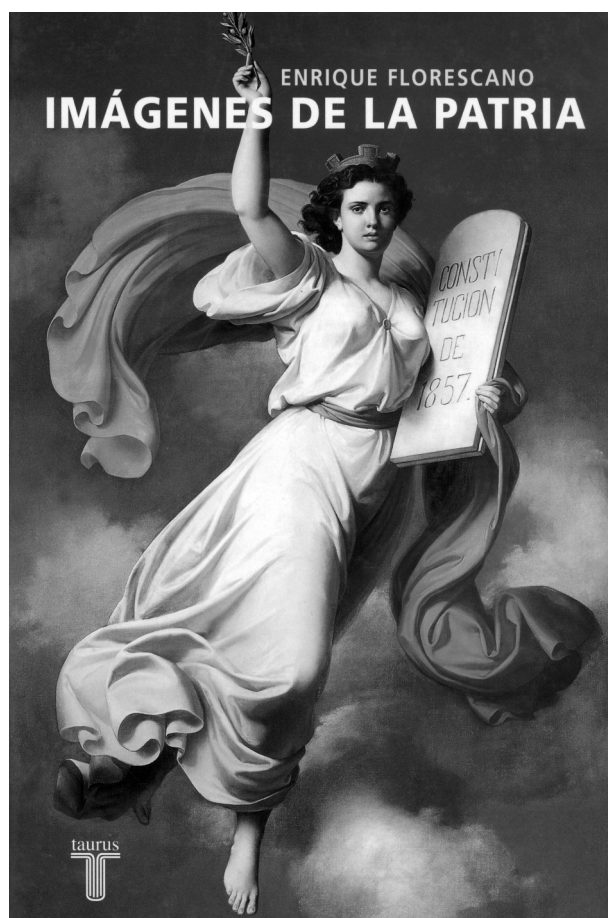
A la par fue asesor de series y colecciones temáticas, consejero de editoriales como el Fondo de Cultura Económica, miembro de academias y comités de ciencias históricas, organizador de congresos nacionales e internacionales de historiadores, fundador de medios de comunicación como la revista *Nexos*.

El trabajo desarrollado de investigación, difusión y gestión lo ha hecho acreedor a premios nacionales como el Fray Bernardino de Sahagún, el de Ciencias Sociales, el de Ciencias y Artes, internacionales como las Palmas Académicas y el nombramiento de Caballero de L'Ordre National du Mérite del gobierno francés, la beca Guggenheim y el nombramiento como profesor

de la Cátedra Simón Bolívar de la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Desde 1990 es investigador nacional emérito del SNI y a fines de 2002, la Universidad Veracruzana le otorgó el doctorado *honoris causa*.

Me dilato un tanto en los momentos de la fundación de *Nexos* porque viví parte de esa historia. En el número 361, correspondiente a enero de 2008, se conmemoraron los primeros treinta años de esta publicación. Para abrir boca, en este número Florescano escribió una breve pero memoriosa nota cuyo primer párrafo dice así: “La revista *Nexos* nació movida por dos resortes. El año axial de 1968 sacó a la luz el rostro negro del partido en el poder e inició el largo ejercicio de crítica del sistema político, una reflexión que dio paso a la irrevocable propuesta de apertura del horizonte democrático. La generación que creció y maduró en esa crisis fue la fundadora de los medios independientes que defendieron las libertades democráticas y demandaron los cambios políticos necesarios para hacerlas efectivas: la editorial Siglo XXI (1966), las revistas *Proceso* (1976) y *Vuelta* (1976), y el periódico *unomásuno* (1977). En esa senda liberal se inscribió *Nexos* en el mes de enero de 1978”. La nota viene acompañada de la que es hoy una nostálgica “foto de familia” en la que, desafortunadamente, no están todos los que entonces eran. Hay en la foto algunos que ya no reconozco quizá porque cambiaron drásticamente de *look*, a otros porque el *look* se los cambió el tiempo y los estragos que se permite infligir. Unos pocos, seguro no los reconozco, porque el tiempo también ha hecho estragos en mi memoria.

Pero de izquierda a derecha, como dicen los pies de foto de los diarios, podemos ver a Rolando Cordera, economista y temible esgrimista del debate político, hoy distinguido miembro de la Junta de Gobierno en la Universidad Veracruzana; Julio Labastida Martín del Campo, sociólogo, miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM por muchos años; el autor de esta cuasi semblanza, economista y practicante de otros oficios; Carlos Monsiváis, polígrafo, ensayista, doctor *honoris causa* de la UV y de muchas otras universidades, humorista, historiador de la cultura, de la literatura y la poesía, enciclopedia de cine mexicano, de los cómics, de las rumberas y los boleros mexicanos y cubanos, y de todas las cosas que en el mundo han sido, que probablemente con sonora carcajada en paz descansa; Lorenzo Meyer, politólogo, historiador y exitoso analista televisivo; por supuesto, nuestro historiador, ilustre veracruzano muchas veces homenajeado; José Luis Reyna, politólogo; tres rostros de los aludidos que no reconozco; Luis Villoro, uno de nuestros más ilustres filósofos; Héctor Aguilar Camín, novelista, historiador, politólogo, periodista; Arturo Warman, antropólogo y serio militante de las causas campesinas desde muy diversas trincheras, que en paz descansa; Guillermo Bonfil Batalla, antropólogo que vio



hasta el fondo “el México profundo” (palabras suyas), que en paz descansa; Antonio Alatorre, escritor y quizás el más profundo de nuestros filólogos, que en paz descansa; dos rostros más, perdidos en la memoria de mi proveya edad; y finalmente el muy querido Carlos Pereyra, filósofo, una de las mentes más lúcidas de nuestros tiempos apagada por el cáncer a los cuarenta y nueve años. No está ahí Alejandra Moreno Toscano porque, según mi vago recuerdo, estaba detrás de la cámara.

Seguramente un día en que lo acalorado de los debates había llevado el mercurio del termómetro hasta el tope, si no estoy confundiendo los tiempos, Héctor Aguilar Camín se refirió a este grupo con “un conjunto de egos robustos”, expresión que para nada quería ser halagadora. Bien, sólo un hombre que, según Aguilar Camín, “era todo ebullición y proyectos”, también blandía el clavecín bien temperado y el poder de convocatoria para reunir a ese ruidoso grupo de universitarios, tallados con cinces del todo diferentes que, no obstante, querían establecer nexos entre sus entendimientos.

Miro ahora hacia la prolífica obra de Enrique Florescano, pero sólo enunciaré algunos títulos en una lista que, hecha por su propio autor, seguramente sería distinta. La lista va sin orden ni concierto y no guarda cronología alguna, sólo que me parecen muy destacables:

- *Precios del maíz y crisis agrícolas en México* (1969)
- *El mito de Quetzalcóatl* (1993)

- *Etnia, Estado y nación, ensayo sobre las identidades colectivas de México* (1997)
- *Bibliografía general del maíz en México* (1987)
- *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México* (1980)
- *Estructuras y problemas agrarios de México, 1500-1821* (1971)
- *Imágenes de la patria a través de los siglos* (2005)
- *La historia y el historiador* (1997)
- *Memoria indígena* (1999)
- *Memoria mexicana, ensayos sobre la reconstrucción del pasado* (2000)
- *El nuevo pasado mexicano* (1991)
- *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México, 1500-1821* (1976)
- *El poder y la lucha por el poder en la historiografía mexicana* (1980)
- *Quetzalcóatl y los mitos fundadores de Mesoamérica* (2004)
- *Los orígenes del poder en Mesoamérica* (2009)
- *La función social de la historia* (que acaba de salir del horno, en septiembre de 2012)

En algunos de ellos bulle esa pasión obsesiva por el arte, que ha cultivado sin estación de parada. *La historia y el historiador*, por ejemplo, dice su contratapa: “realiza un recorrido por los sótanos del oficio del historiador, repasa la trayectoria de la narración histórica —desde

que era memoria del poder hasta que se convirtió en instrumento de análisis crítico de toda la experiencia humana— e intenta responder a las recurrentes preguntas de: ¿para qué se escribe la historia?, ¿cómo nace una narración histórica?, ¿qué caracteriza a la inquisición histórica de las otras formas de investigación?”. *La función social de la historia*, dice la historiadora Clara García, es “la culminación de una serie de reflexiones del autor sobre la historia, por lo que el volumen no sólo es un análisis de la historia y sus usos en diferentes épocas, sino también una amplia reflexión sobre el desarrollo del pensamiento del propio historiador”.

En mi lista faltan libros. Pero también he omitido aquéllos de los que es autor y coordinador, o capítulos en tomos colectivos, artículos académicos y periodísticos; los numerosísimos actos académicos de su incansable labor de promotor cultural. Pero diré algunas palabras sobre el conjunto de su obra. No tengo las competencias para intentar una caracterización de las etapas y cambios por las que ha pasado esa gran corriente de pensamiento de los *Annales*: la etapa de los inicios con Marc Bloch y Lucien Febvre; la era central de Fernand Braudel, la llamada tercera generación y la cuarta, a veces denominada el *giro crítico*. Recbro que esta corriente, frente a la llamada Escuela Metódica del último tercio del siglo XIX francés, surge y se caracteriza por haber desarrollado una historia con talante transdisciplinario, en la que se han incorporado otras ciencias sociales como la geografía, la sociología, la economía, la psicología social y la antropología, al menos.

El sello que caracteriza a la producción histórica de Florescano es, fundamentalmente, o en gran medida, me parece, el sello y el mirador de la corriente de los *Annales*, con seguridad adaptada a la propia reflexión de este muy peculiar historiador, a quien le interesa, por ejemplo, cómo será escrita la historia en el futuro.

Según el historiador alicantino Antonio Carrasco Rodríguez, la nueva corriente de los *Annales* introdujo un buen número de cambios e innovaciones, que la alejaba sensiblemente de su antecesora, la Escuela Metódica. Entre esos cambios, deben ser subrayados los siguientes:

- Carácter más analítico que narrativo
- Interpretación de procesos históricos y no de sucesos simples e individuales
- Ampliación de la perspectiva temporal en el análisis histórico; no limitarse a analizar sucesos de forma independiente; para descubrir cambios históricos, comparar hechos e ideas extraídas de distintos momentos, incluso de distintos decenios o siglos
- Ampliación de los temas de estudio
- Rechazo del protagonismo de la política, la diplomacia y los hechos bélicos, típico de la práctica historiográfica de los historiadores decimonónicos

- Enriquecimiento de la comprensión del pasado y de la construcción histórica con las aportaciones de otras ciencias, como la geografía, la antropología, la economía, el derecho, la literatura, la sociología o la psicología
- Inicio del estudio de los pueblos; la historia no es sólo consecuencia de las acciones y decisiones de los hombres eminentes
- Estudio del contexto social de los protagonistas de la historia para comprender mejor sus movimientos
- Aplicación del método crítico a las fuentes (no sólo las documentales)
- Utilización de analogías para descubrir semejanzas y diferencias entre los rasgos característicos de una cultura (como la religión, las costumbres, el manejo del lenguaje, o las visiones antropológica y cosmogónica, entre otros), o de las culturas entre sí.

Estos criterios, me parece, conforman un canon que ha guiado en gran medida el trabajo histórico de Enrique Florescano. Basta poner los títulos de las obras de nuestro historiador al lado de esta brújula metodológica, para ver sus parentescos. **U**

